

Herida fecunda

En el camino del corazón del hombre a la gracia divina
la clave la tiene Dios

Por: P. Jesús Marcoleta

En nuestra era se afirma, que la ciencia y la técnica pueden, como nada y como nadie aportar el poder para alcanzar la felicidad. Sienta cátedra la concepción de que la felicidad es el resultado más auténtico del avance progresivo de la tecnociencia.

Muchos cristianos nos empeñamos en sostener que la felicidad es, también, un regalo, un don de Dios.

Los seres humanos no somos los maestros de la naturaleza y, aunque burbujeemos en las neuronas ideas de uno u otro calibre, tampoco tenemos la posesión de la naturaleza, que tiene sus leyes propias, actúa sin consultarnos y protesta cuando olvidamos que somos parte de ella.

Nadie lo niega, la ciencia ha abierto y abrirá grandísimas posibilidades de desarrollo puestas a disposición del hombre. Hace poco más de un siglo se elaboró la primera Aspirina, todavía no cumplen la centuria ni la Penicilina, ni la radio, ni la televisión y ni apenas se sospecha a dónde nos llevará la biotecnología, el empleo de la fibra óptica o los estudios sobre nanotecnología.

Pero ¿y qué hacemos con las preguntas de siempre?: “¿Quién soy yo? ¿Quién al final me asegura, más allá de la muerte, con su amor?”

Entre el corazón del ser humano y el corazón de Dios existe un camino. En el corazón del ser humano existe una capacidad de querer, de desear, de añorar la felicidad que no se apaga, que no se agosta, que no mengua nunca. En el corazón de Dios está el don, está la gracia que cumple la querencia, el deseo, la añoranza.

Ahora bien, ese don, esa gracia hay que quererlos, hay que buscarlos, hay que pedirlos. Y tienen que darse en la Iglesia nuestra, aquellas comunidades cristianas en las que se pueda vivir la experiencia de querer la gracia que se añora.

La línea de acción pastoral que desde hace meses nuestra diócesis escogió para sí es la de la espiritualidad. Si nos la tomamos en serio, nuestras comunidades habrían de convertirse en hogueras en las que se “propongan a la libertad extraviada y sedienta del hombre postmoderno la conveniencia de vivir todos los misterios cristianos hasta en sus implicaciones diarias. Comunidades en las que el don vivo y personal del Crucificado-resucitado (gracia) sea como decía von Baltasar, como una herida fecunda que ninguna pretensión humana pueda ni siquiera imaginar que sabe curar”.

¡Qué gran esperanza ésta! Soy consciente de que lo que propongo no es atrevido pero sí trabajoso. Pero pienso que la esperanza presupone el deseo. Que es necesario que lo que se desea se reconozca como algo que es posible conseguir. Y, que lo que se espera sea algo arduo.

El hombre esperanzado desea el bien y sabe que es posible aunque sea arduo. Y este hombre que desea el bien lo pide y esto es oración y ésta el modo a través del cual la virtud de la esperanza se expresa.

Es real que la felicidad puede comenzar y es real porque de lo contrario no la podríamos tan siquiera desear. Es real pero no es una posesión nuestra, la llave la tiene Dios.